

QUINTO

¡AUMENTO, AUMENTO! ¿QUÉ CLASE DE SENTIMIENTOS TIENE USTED QUE EN TODO UN AÑO NO HA SIDO CAPAZ DE TOMARLE CARIÑO A LO QUE GANA?



QUINTO



DE LA VIDA PRIVADA DE MI MAYORDOMO

Empecé a respetar a Oliver el día que le sorprendí en la cama con mi esposa. Estuvo magnífico —sin disimulos, sin falsos pretextos, sin trucos, sin escándalos, sin miedos—. Podría haberse amparado en su condición de mayordomo para tratar de engañarme. Podía haberme dicho: «Estaba calentando los pies de la señora». Pero no. Prefirió no dar importancia a tan enojoso asunto. Se incorporó servicial —completamente desnudo— y preguntó desde el lecho:

—¿El señor desea alguna cosa?

—No. Gracias, Oliver. Puedes continuar.

Continuó. Confieso que estuve a punto de perder mi flema habitual.

Evidentemente, no me gustaban nada los amores de mi mujer con el mayordomo. Sin embargo, la más elemental prudencia aconsejaba dejarles hacer. No podía liarme a bofetadas con el servicio. Y, además, conociendo el carácter colérico de Oliver, lo mejor sería restar importancia al adulterio. Por otra parte, mi mayordomo era muy testarudo y cuando se le metía una cosa en la cabeza, no había manera de disuadirle. (Recuerdo aquella vez que se empeñó en palmear las nalgas de la marquesa de Winton-Winthrop. El marqués se opuso rotundamente y tuvimos un disgusto muy serio. Al final, no obstante, Oliver consiguió sus propósitos. Se arrastró sobre el césped como un comanche y al llegar a la marquesa... ¡zas! Cachetazo en todo el trasero. El marido quiso matarle. Gracias a Dios pudimos intervenir los demás comensales y sujetar al enfurecido cónyuge. Oliver propuso: «Arrójnle a la piscina hasta que se calme...») Sí. Oliver era muy testarudo. Así que acepté mi destino con santa paciencia y decidí no intervenir en sus asuntos privados. Si se empeñaba en acostarse con mi señora, ¿qué podía hacer yo?

SIR PETER OTOLA

(Continuará)

LA GUERRA QUE NO CESA

Ayer celebré mi aniversario de entrada en combate. Han pasado muchos años, pero todavía recuerdo la ilusión de aquella fecha y con qué ingenuidad me creía capaz de cambiar el fatal curso de la Historia. A mi mente acuden, ya nubladas, las risas de aquella jornada y cómo el impetu del primer instante se desvaneció en la cama donde yacía unas horas después. Caminamos juntos a lo largo del día, soportando bromas alusivas a nuestro papel de novatos; al anochecer, con la llegada al frente, todo se hizo expectación tensa y los nervios atenazaban la garganta. Pero no hubo tiempo para estudios psicológicos: el fragor de la batalla transformó en violencia todas las fuerzas anímicas y combatimos sin tre-

gua hasta el amanecer. Allí se acabó todo. Desde entonces seguí luchando por un reflejo condicionado que me impulsaba a ello, mas sin entusiasmo alguno. Unos meses después esquivaba el peligro e inventaba enfermedades para no combatir. Al fin conseguí la baja definitiva.

Hoy la guerra continúa. Lo sé. Pero son batallas distintas, dialécticas, sin ese sabor agri dulce del peligro físico. Procuero inhibirme y pensar en los negocios o en las vacaciones, mas mi sangre hierve con lo que oigo y a veces siento ansias de matar. —¿Sádico? ¿Y quién no?—. Me contengo a costa de la presión arterial, siempre ascendente desde aquella jornada inolvidable. La de mi boda.

A QUIEN QUIERA QUE ME OIGA: ¡¡¡ TE QUIERO !!!



—Aquí tienes los cuarenta duros, pero que quede claro que te los presto como hombre, no como ángel de la guarda.